



BADIA PRIMAZIALE SANT'ANSELMO

Curia dell'Abate Primate

Domingo Laetare. 22 de mazo de 2020.

Queridos abades, abadesas, priores y prioras.

Saludos cuaresmales de paz desde San Anselmo en Roma. En primer lugar, mi más profundo agradecimiento a todos los que ya nos habéis escrito para recordarnos que todos los que formamos parte de la comunidad de San Anselmo y toda la Confederación Benedictina y la CIB (*Communio Internationalis Benedictinarum*) nos hallamos en vuestras oraciones. Estamos viviendo todos juntos un periodo de cambios sin precedentes en muchos aspectos de nuestras vidas. Hemos experimentado como en un instante se han detenido súbitamente todos los eventos planeados, las iniciativas en favor del prójimo y hasta las celebraciones comunitarias. Ahora parecen inútiles todos los esfuerzos por vivir y alimentarnos de forma saludable, sobre todo si el virus ha entrado en nuestras comunidades. Con el colapso de los desplazamientos y del comercio han bajado o desaparecido muchas de las fuentes de ingreso de nuestras comunidades: hospederías, cursos, producción artesana. Ciertamente esto puede resultar angustiante y desalentador, e incluso aterrador, pero nuestra conciencia cristiana nos recuerda que todas las personas, los eventos y las cosas están en las manos de un Dios que nos ama, que se preocupa por nosotros y que es providente. Si pensamos en el nombre que tanto usamos en el Adviento, Enmanuel, nos daremos cuenta de que es un nombre divino que sigue siendo cierto todos los días de nuestra vida. Dios está nosotros. No debemos simplemente afirmarlo, sino también creerlo y ponerlo en práctica de forma de recibamos no sólo vida para nosotros mismos, sino también para los demás con quienes vivimos y a quienes servimos. Este es nuestro ánimo y nuestra fuerza en el camino de la fe.

El pasado martes, antes de la celebración de Vísperas, tuvimos una reunión de todos los residentes de San Anselmo. El Prior proporcionó una actualización de la situación sobre el coronavirus con base en documentos oficiales del gobierno y de la Iglesia. Tuvimos luego un periodo de preguntas y respuestas. Tenemos la suerte de contar entre nuestros monjes un médico que entiende bien la situación y que nos ha estado respondiendo las dudas o preocupaciones que teníamos, Dom Alfio Catalano de la abadía de Praglia, cerca de Padua. La reunión la pude concluir con una reflexión sobre el salmo 124, que íbamos a rezar luego en Vísperas. En él hay un hermoso versículo que nos recuerda una antigua certeza todavía aplicable en nuestros días. El versículo 2 nos dice: *Jerusalén está rodeada de montañas y el Señor rodea a su pueblo ahora y por siempre.* ¡Qué imagen tan poderosa para que reflexionemos en estos momentos! En efecto, el salmista nos dice que todo nuestro ser vive, se mueve y estará siempre en el abrazo amante del Padre que nos cuida. La protección del Dios de la vida nos rodea, aunque no nos demos cuenta. Pues igual que las montañas están firmes en su lugar, rodeando Jerusalén, los brazos amorosos y fuertes de Dios siguen siendo una fuerza que guía el curso de los acontecimientos, incluidos los que vivimos en estos momentos.

Alguien me escribió para preguntarme si el coronavirus es un castigo de Dios para nuestro mundo. No, ciertamente no. Cuando estos desastres ocurren es normal preguntarse “¿por qué ha ocurrido esto? ¿de dónde viene? ¿quién tiene la culpa?”. La misma pregunta la encontramos en el Evangelio de Lucas, cuando le preguntan a Jesús por las 18 personas que murieron cuando la torre de Siloé cayó sobre ellos. Recordemos que Jesús responde: “¿pensáis que eran más pecadores que los demás habitantes de Jerusalén? De ninguna manera” (Lc 13, 4-5a). La respuesta de Jesús a la gente subrayaba que su interpretación era incorrecta, pues no conocemos las razones por las que suceden eventos así. Nuestra existencia humana está llena de este tipo de preguntas sin respuesta. Otro ejemplo lo hallamos en el Evangelio de Juan, cuando los discípulos preguntan a Jesús: “Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que nacieraiego?” Jesús replicó: “ni éste ni sus padres pecaron” (Jn 9, 2-3a). Jesús invita a los discípulos a mirar dentro de ellos y a caminar en la luz que Jesús les muestra, es decir, a que le sigan con fidelidad.

Dios sigue guiándonos a través de los esfuerzos de los hombres y mujeres de nuestros gobiernos de todo el mundo. Han estudiado la amenaza a la que nos enfrentamos y que empezó hace unos meses en China, y que ahora se extiende por Italia y otros países. Dios nos habla a través de ellos, y también a través de los pastores de la Iglesia que nos han pedido que sigamos las orientaciones y restricciones que las instituciones científicas han recomendado a nuestros gobiernos. Estas medidas se han establecido para detener el contagio del virus, para salvar vidas y mantener sanos y salvos a los más vulnerables, y en el fondo a todos nosotros. El virus no discrimina en cuanto a la edad. Las restricciones limitan nuestras vidas, ponen fronteras a nuestras actividades, a los lugares donde podemos ir y a los contactos que podemos tener, y todo para nuestro propio beneficio. Estos hombres y mujeres de los gobiernos son instrumentos de la voz de Dios, que comunica su presencia a través de estas mediaciones humanas. Debemos creer firmemente que obedecer y cooperar tendrá un valor redentor al salvar vidas y detener la expansión del virus.

El pasado día 20 apareció un artículo en los periódicos italianos de un doctor del norte de Italia que está trabajando con pacientes de coronavirus. Es mejor si simplemente os lo reproduzco tal y como lo cuenta el doctor. En Italia nadie puede entrar en los hospitales a visitar a alguien, ni un familiar, ni un sacerdote ni una religiosa. El artículo trataba sobre un sacerdote que fue al hospital por presentar síntomas de la enfermedad causada por el coronavirus. Os cito el artículo: “Hace nueve días, un sacerdote de 75 años vino a buscar ayuda médica. Era un hombre muy amable, con graves problemas respiratorios, pero tenía la Biblia consigo y nos impresionó como leía la Biblia a los que morían, cogiendo sus manos. Todos los que estábamos allí éramos médicos cansados y desalentados, psicológica y físicamente agotados, y de repente nos hallamos prestándole atención a su lectura. Tenemos que admitir que, como seres humanos, hemos llegado a nuestro límite, no hay nada más que podamos hacer y cada día muere más gente. Y estamos extenuados. Dos de nuestros colegas médicos han muerto y hay otros infectados. Nos hemos dado cuenta de que hemos llegado al límite de lo que una persona puede hacer. Necesitamos a Dios, y hemos empezado a pedirle que nos ayude. Lo hablamos entre nosotros y es sorprendente como nosotros, mayoritariamente ateos militantes, buscamos ahora una cierta paz interior pidiendo a Dios que nos dé fuerza y nos permita resistir para seguir cuidando a los enfermos. Ayer murió el sacerdote de 75 años. Aunque en las últimas tres semanas han muerto unas 120 personas en mi unidad y todos nos sentimos cansados y en cierto modo destruidos, este sacerdote nos dio una paz que no esperábamos hallar, a pesar de su condición física. El sacerdote se reunió con el Señor, y los demás le seguiremos si las cosas siguen así. No he vuelto a casa desde hace seis días. No sé cuándo fue la última vez que comí algo. Me doy cuenta del poco

valor que representa una persona como yo en este mundo, pero quiero dedicar hasta mi último aliento a ayudar a los demás¹.

Queridos hermanos y hermanas, el coronavirus nos coloca ante un gran misterio, una paradoja a considerar: en el sufrimiento y la muerte hay contenidas curación y nueva vida. El Dios que envuelve nuestras vidas es capaz de tomar sobre sí la pena, el dolor, el sufrimiento y al mismo tiempo dar salvación a los cuerpos y almas para que experimenten nueva vida. Creemos que aquí está presente el misterio pascual, tal y como lo ponen de manifiesto las palabras del médico que os citaba. Su servicio, agotador y desinteresado tiene sentido en el plan de Dios para la sanación y renovación de los hombres. La transformación de un corazón humano es siempre obra de Dios, y a veces Dios se sirve de nosotros como instrumentos de gracia para que las vidas de las personas hallen sentido. Por ello podemos estar seguros que Dios está en medio de todos los eventos de la historia. No es que Él los haya causado todos, sino que, como Señor de la historia, nunca se aleja su mano redentora de nosotros.

En el libro del profeta Isaías hay un momento en el que el pueblo y la ciudad de Jerusalén están bajo asedio por el ejército asirio. El enemigo está a las puertas, dispuesto a entrar y atacarlos. Cuando el pueblo se siente tentado de aliarse con Egipto para luchar contra los asirios, Dios da una palabra de oposición a tal medida por medio del profeta, palabra que sigue resonando hoy: *Porque así os dice el Señor, Dios, el Santo de Israel: «Vuestra salvación está en convertirlos y en tener calma, / vuestra fuerza está en confiar y estar tranquilos»* (Is 30, 15). La salvación y la liberación están en las manos de Dios, y nuestra labor es confiar en Él con serenidad. Es verdad que no es algo fácil. Todos los avances fruto del trabajo de científicos, químicos, doctores y otros investigadores en los últimos siglos muestran la capacidad del ser humano para paliar los desastres y mantenernos libres de graves amenazas. Pero ahora hemos podido comprobar como las mejores mentes y los doctores más capaces son incapaces de hallar una cura, o al menos una vacuna. Por eso es un momento que requiere mucha fe y una profunda confianza en ver cómo Dios nos guía adelante. El salmista lo dice también en el salmo 45: *«Rendíos, reconoced que yo soy Dios: / más alto que los pueblos, / más alto que la tierra»*. Dios mueve los corazones y las mentes de los investigadores para hacerles ver las cosas de nuevas formas y hacer nuevos descubrimientos. Nuestro reto actual es tener presente fielmente que Dios está en medio de todo esto y que Él nos guiará adelante.

Como benedictinos, nuestra oración diaria sigue siendo una fuente de consuelo al reunirse a diario nuestras comunidades para escuchar la Palabra de Dios y rezar los Salmos. Los textos de la Escritura y de los Salmos nos unen en una voz que grita al Señor, no por nosotros, sino por todos los que sufren en este momento. Algunas personas me han comentado sus dificultades para entender el lenguaje a veces duro de los Salmos y de otros libros como el de las Lamentaciones. En este momento en el que tantos sufren bajo el ataque de un enemigo exterior a ellos que les invade y les debilita, las palabras de las Lamentaciones nos proporcionan un lenguaje de solidaridad para con los hermanos y hermanas de la gran familia humana que están sufriendo enfermedad o muerte. El texto de las Lamentaciones une nuestras voces a las de aquellos que apenas pueden expresar el dolor que sufren. Ahora hemos de ser nosotros su voz, dirigida a Dios, que grita para pedir misericordia y alivio y el fin del confinamiento o el exilio. Un profundo sentimiento de solidaridad debe unirnos con ellos, pues juntos “hacemos violencia al Reino de los Cielos” con nuestras oraciones y sacrificios. Cuando

¹ Marco Tosatti, “The cry of a doctor in Lombardy. About the virus, death and God”.

<https://www.marcotosatti.com/2020/03/21/the-cry-of-a-doctor-in-lombardy-about-the-virus-death-and-god/>

aceptamos los sacrificios que se piden de nosotros de buena gana y con espíritu de caridad, cumplimos la palabra del profeta que antes citábamos: «*Vuestra salvación está en convertirnos y en tener calma, / vuestra fuerza está en confiar y estar tranquilos*». La práctica diaria de la *Lectio Divina* nos enraíza en la Palabra de Dios como una voz divina que nos interpela y que exige de nosotros una respuesta. Que podamos escuchar con un corazón abierto lo que Dios quiere decirnos en estos momentos de silencio, cuando la Escritura nos revela la voz de la compasión, la esperanza y la paz. En la práctica diaria de la *Lectio divina* nos acercamos al Dios vivo que quiere entrar en comunión y en diálogo con nosotros. Escuchemos con fe y esperanza.

Creo que es importante que todos recordemos que muchos de nuestros monasterios de benedictinas no tendrán un sacerdote que celebre con ellas la liturgia del Triduo Pascual, lo cual se aplica también a muchas parroquias, para evitar que los fieles contribuyan a la expansión de la enfermedad. Aunque en distintos países es diferente la regulación y los monasterios se están viendo afectados de formas distintas, hay elementos comunes que podemos subrayar. La celebración diaria de la Liturgia de las Horas nos proporciona alimento para la reflexión y meditación, algo que ha sostenido la fe de la Iglesia durante siglos. Los salmos, las lecturas de la Biblia y las de los Padres nos cuentan la historia del misterio que celebramos en el Triduo en un lenguaje que subraya la grandeza del misterio pascual que tenemos que contemplar. He leído que hay monasterios masculinos que están retransmitiendo sus oficios litúrgicos para que las hermanas, los oblatos y los amigos del monasterio puedan participar en el Triduo Pascual. Uno de los oblatos de mi monasterio de origen me escribió para decirme lo cercano que se sentía con los monjes de la Abadía de Conception gracias a su retransmisión diaria de Laudes, Vísperas y Misa. Al haberse desarrollado las tecnologías tanto en los últimos años, hay diversas formas de participar en el Triduo Pascual. Para todos, incluso para las comunidades masculinas, este Triduo será una experiencia diferente que recordaremos durante muchos años. Por otro lado, el aislamiento que estamos experimentado puede ser una oportunidad para profundizar dentro de nosotros mismos. Todos sabemos que la palabra monje/monja viene de aquel que está solo. En esta experiencia de soledad hay una gracia para profundizar en el pozo de la fe que está dentro de cada uno de nosotros. Por pequeña que sea nuestra comunidad, tenemos el privilegio de estar juntos, unidos en Cristo que nos trajo al monasterio y nos dijo que cuando dos o más están reunidos en su nombre, allí está Él en medio (Mt 18, 20).

Nuestro carisma de hospitalidad tiene ahora un significado nuevo, y tenemos que desarrollarlo de forma creativa y caritativa. Muchos de nuestros monasterios no pueden recibir huéspedes ni recibir gente en sus iglesias, o incluso han tenido que impedir el acceso al monasterios a los empleados. Como dice el refrán: “la caridad empieza en casa”. Nuestra caridad y amabilidad con los hermanos es un ejercicio de hospitalidad que solemos olvidar. Cuando alguien en nuestra comunidad esté sólo o con miedo, una palabra amable, una sonrisa o una expresión de amistad puede ser una forma de expresar el cariño que les tenemos o lo que nos importan. Cuando podamos, según las condiciones de cada país, es bueno salir al encuentro de las personas, respetando la distancia de seguridad para expresar la caridad fraterna y, al mismo tiempo, evitar la expansión del virus. Asimismo, mantener el contacto con aquellos que sabemos que están solos es también una forma de expresar el cariño y el amor por los vínculos familiares o de amistad. Como veis, la hospitalidad en el fondo significa preocuparse por quien vemos en necesidad.

Aquí en San Anselmo hemos dedicado tiempos especiales para la adoración del Santísimo Sacramento, la recitación del rosario y para rezar por el pueblo italiano, tan duramente golpeado por

la epidemia. El rezar unidos hace crecer la confianza, hace desaparecer el miedo y construye la solidaridad que da fuerzas a los que sentimos las restricciones de esta situación. Es en estos momentos cuando las posesiones materiales significan tan poco, y la fe se convierte en el tesoro más importante pues nos permite ser generosos, entregados y amables. Podemos ser fuertes si permanecemos en el abrazo de Dios. Nuestra oración tiene un poder que es más fuerte de lo que podemos comprender, por lo que os pido que nos mantengamos en oración diaria para que esta pandemia termine. Escuchemos atentamente las voces que Dios nos manda a través del Gobierno y de la Iglesia, colaborando con el plan diseñado para superar esta situación.

En relación con los eventos que están previstos en San Anselmo este verano, vamos a tomar una decisión sobre los cursos “Dimensiones culturales de la espiritualidad cristiana” y “Liderazgo de acuerdo con la Regla de san Benito” durante la semana santa. Os comunicaremos el resultado. Asimismo, varios abades me han preguntado sobre el Congreso de Abades del próximo mes de septiembre. Hemos decidido esperar al mes de mayo, cuando tengamos una mejor panorámica de cómo está evolucionando el mundo en este camino hacia la sanación física y emocional, dado que es un evento internacional. Cuando tengamos un retrato más fiel de cómo el coronavirus está afectando a las distintas naciones del mundo, pediremos consejo a profesionales que nos guiarán en la toma de una decisión sobre qué es mejor, sobre todo teniendo en cuenta que el Congreso es un evento internacional. Seguimos trabajando en la preparación del Congreso, y como he dicho hasta mediados de mayo no tomaremos ninguna decisión.

Sigamos orando, hermanos, por aquellos que están afectados seriamente por el coronavirus, por los que trabajan por la vacuna para evitar su difusión, y por todos los que sufren los efectos físicos y emocionales de este terrible virus. Miremos a María, cuyo amor maternal y preocupación por todos es esperanza segura de curación y restauración. Mientras celebramos la fiesta de la Encarnación con la solemnidad de la Anunciación del Señor, hemos de recordar lo cerca que Jesús está de nosotros, asumiendo una carne humana para sanar un mundo roto desde dentro. Sigamos mirando a Cristo con confianza y esperanza.

En Cristo nuestra esperanza,

A handwritten signature in cursive script that reads "Abate Gregory". The ink is dark and the handwriting is fluid and personal.

Abad Primado Gregory Polan O.S.B.

*Traducción. Fr. Luis Javier García-Lomas Gago O.S.B
Abadía de Santo Domingo de Silos*